

Homenaje de la Sociedad Jurídico Literaria a César E. Arroyo

Rafael Alvarado

Semblanza de César E. Arroyo.

La Sociedad Jurídico Literaria tiene una deuda muy apreciable y significativa con César Arroyo, porque fue, en todo tiempo, uno de los socios más entusiastas, porque a ella dedicó perseverantes afanes, magníficas iniciativas y planes de labor coronados siempre con los mejores éxitos. En la Revista de la Sociedad, publicó César Arroyo numerosas producciones, entre ellas los ensayos y crónicas que le dieron alto y justo renombre en la literatura nacional y le colocaron entre los auténticos y escogidos cultores del idioma.

Muchas de las actividades de la Sociedad Jurídico Literaria, en todos los años de permanencia de César Arroyo en el Ecuador, están vinculadas al pensamiento y a la obra, al esfuerzo generoso y a la constancia indeclinable de este socio benemérito.

Y en los períodos de ausencia, de fructífera ausencia en España, Francia o México, no olvida César

Arroyo a su Sociedad predilecta, auspiciadora de sus triunfos, centro de sus labores entusiastas, amable recinto y acogedor cenáculo para intercambiar ideas, dialogar, discutir sobre variados temas, difundir claridades culturales, y aún para ironizar acerca de los pintorescos episodios de la vida nacional y juzgar acontecimientos y personajes.

La Revista de nuestra Sociedad, de singular prestigio en sus treinta años iniciales, aparece enriquecida, en las décadas primera y segunda de este siglo, con numerosas producciones de César Arroyo.

Intitúlense: «El teatro español contemporáneo», «Ante la tumba de Concepción Arenal», «Olmedo», «Al margen de la epopeya», «Modernos poetas mexicanos», «Romancero del pueblo ecuatoriano», «Benito Pérez Galdós», «La nueva poesía: Creacionismo y Ultraísmo», «Ensayo sobre la constitución política mexicana», «La hegemonía del idioma español», «El centenario del archipiélago», «Enrique González Martínez».

Manuel Ugarte en el Ateneo de Madrid en 1919, lo acompaña Arroyo

Son materiales del pedestal de su fama de escritor. Ya disfruta, por aquel entonces, de bien conquistados relieves de consagración.

Veremos luego —porque he reunido cuidadosamente— los juicios críticos de Gonzalo Zaldumbide y Benjamín Carrión: el primero, el año 1921, en el prólogo para el libro *Retablo*, y el segundo, en 1924, que tiene, como el anterior, palabras de valor definitivo en la presentación de la pequeña novela *Iris*. Y con éstos, otros juicios de eminentes y bien conocidos hombres de letras.

Son todos ellos socios de la Jurídico Literaria, y bien podemos decir que han contribuido, con sus autorizadas opiniones, a pagar una parte de la deuda de gratitud a César Arroyo. Pero hacía falta la dedicatoria propia de nuestra agrupación, el

acto especial de homenaje —para el que todo momento es bueno— la reunión cordial y solemne a la vez, en la que juntáramos recuerdos y evocaciones, para elogiar la obra y los méritos del ecuatoriano ilustre, notable escritor, hombre generoso, noble y sincero y, ante todo, ciudadano ejemplar, de vida impulsada y enaltecida por el más fervoroso patriotismo.

Hoy vamos a rendir el homenaje. Pues, entre tantos motivos que tenemos para hacerlo, el de hoy, el inmediato, es de contornos gratísimos para nosotros. Hemos recibido de las bellas manos de María Rosa Arroyo, adorable mensajera, nieta del escritor, la obra inédita que vamos a publicar: *Siete medallas* es el título.

Son otras tantas biografías cor-

tas, primorosamente trazadas, de siete mujeres excelsas, que tuvieron extraordinaria influencia en campos diversos del arte, la literatura y la política.

¡Qué ocasión más grata y adecuada para recordar al hombre que enriqueció la literatura ecuatoriana y que aún entrega su ofrenda póstuma, atildada y sugerente como todas las que durante su vida ofreció a la patria y la cultura!

En el homenaje, hemos de evocar facetas del escritor, del hombre, del ciudadano, porque en todas hallaremos enaltecidas cualidades.

El escritor es bien conocido y se le han dedicado numerosas páginas; pero recordemos primeramente al hombre, a nuestro amigo y compañero. Evoquemos al personaje de la bondad ingénita y caudalosa, espíritu abierto siempre para la exaltación de lo bello, lo grande y lo noble; espíritu afinado para los altos sonos que elevan y dignifican la condición humana; inteligencia agudizada para percibir, apreciar, captar en plenitud, elogiar y extasiarse ante los resplandores sublimes del arte, las supremas realizaciones estéticas, las magnas creaciones del genio.

Hombre de fraternales efusiones, César Arroyo fue invariablemente prodigo en los elogios, en el juicio benévolo, en las ditirámicas alabanzas. Pero esa fluencia era natural, naturalísima. Bondad y generosidad congénitas habían de encontrar solamente la palabra que hace

bien y proporciona goce; la expresión animadora, el parecer que alienta, entusiasmo y tonifica. El ditirambo está lleno de fe y emoción. No es artificial, como no lo es el adjetivo cálido y engrandecido, que surge espontáneo en las páginas de César Arroyo, como suele brotar el agua fresca del manantial.

Ya veremos cómo nuestros escritores, al enjuiciar la obra literaria de César Arroyo, tocan también la faceta humana y, con autorizadas palabras, dan consistencia a mi opinión.

Leeré esos párrafos, que he reunido en haz, porque en este homenaje no podía prescindir, en modo alguno, de páginas magistrales, propias de la alta categoría de sus autores; porque contienen frases vibrantes y elocuentísimas a las que nada podemos añadir. Las conocemos, pero juntándolas hoy en cordial florilegio, han de producir grata resonancia y seguramente han de conquistar nuestra cabal aprobación.

Leamos unos párrafos de César Arroyo, muestras de su estilo y justificación de los juicios críticos:

Del libro *Galdós*.

«Galdós, el Gran Abuelo, levanta la cabeza. La cabeza inmaterial, de sustancia de Dios, de sustancia de los creadores. Levanta para ver a su amor, a su vida, a su madre y a su hija, a la vez. A su España... Es ella, sí, es su sueño. Es su Electra. Ella, a pesar de los regímenes políticos que la opri-

men, está viva y lozana en los dos mundos. Electra es la siempre resucitada.

Pocos dolores como ese...

¡Qué frío tan extraño en Madrid aquella mañana lívida del 4 de enero de 1920! Era un frío paralizador que con nada se quitaba; que parecía que iba a ser definitivo. Era un frío de muerte. Era un hielo de tumba. Y esa niebla húmeda que pesaba sobre los hombres, sobre las cosas, sobre las almas. En la entraña viva de la raza hispánica se había producido un profundo desgarramiento irremediable. Tanto que, para encontrar otro dolor como ese, había que retroceder tres siglos en la eternidad hasta llegar al día 23 de abril de 1616 en que, en una modesta alcoba de la casa número 2 de la calle de Francos, cerraba dulcemente sus azules ojos a la luz un hidalgo español de ajetreada vida y de divino ingenio, que se llamaba nada menos que don Miguel de Cervantes Saavedra. En esta mañana de enero de nuestro siglo, en un hotelito de estilo morisco del barrio de Argüelles, dejaba sobre su modesta cama de hierro las envolturas caducas de la carne, para penetrar en lo eterno, desde donde —astro esplendoroso en la constelación de los pocos genios que en el mundo han sido— seguirá irradiando una pura luz inextinguible, el anciano prodigioso que escribió la epopeya novelesca de la Edad Moderna, y cuyo nombre glorioso nos era y sigue siéndonos tan devotamente familiar, que millones de los que leemos en castellano lo llevamos en el pecho, co-

mo una santa medalla: Benito Pérez Galdós».

Comienzo este florilegio de juicios críticos con el de Gonzalo Zalumbide. Como consta en el prólogo de *Retablo*.

«Sus artículos, sus conferencias, tienen un calor de alma, un acento tan efusivo, que es de admirar cómo da importancia a sus motivos y fundamentos cuando en devoción tan desinteresada, ordinariamente basta con sentir. No le basta con exhortar, quiere convencer, y diserta en vez de exclamar. Quiere servir. Americanismo férvido, españolismo acendrado, convergen en él a un mismo ideal. Aspira a ser, en su esfera, «lazo de unión». E insiste, invade, persuade.

No busquéis en este *Retablo* originalidad, ni novedades extremas de modernismo. En su autor hallaréis más bien rezagos cultivados de un desusado y simpático romanticismo. Aun su crítica fervorosa, como todo en él, no es sino una manera más de desahogar su romanticismo. Su fervor no excluye el conocimiento, detallado, exacto; pero al tejer y destejer paciente de la crítica que analiza y luego recompone, que acepta, rechaza, distingue, él prefiere la coherencia y la integridad de la impresión en globo. Admira así en grandes rasgos, se dilata en generosas generalidades, descansa en beatitudes sin merma. Sus entu-

siasmos arden sin consumirse. Alimenta sus efusiones sin amenguar su elocuencia con distingos varios para su fin, antes cordial que analítico.

Si en su modestia no aspira a pensador ni a crítico, dejadle el uso y el abuso de esa su lengua toda en superlativos; que con ello da pábulo solamente a intemperancia tan generosa que bien quisiéramos ver cundir entre los del oficio. Si la envidia y el odio tienen su lucidez, el amor tiene la suya. Y es preferible la abundancia de esta cálida ingenuidad, de estos epítetos a borbollones, que no el elogio suministrado con cuenta-gotas».

El siguiente juicio es de Benjamín Carrión, en el Pórtico de la pequeña novela *Iris*:

«En *Iris*, todo está sutilizado hasta una realidad inefable. El detalle minúsculo adquiere, al pasar por el exaltado espíritu del autor, una trascendencia de emoción y de asombro. La hiperestesia apasionada de César Arroyo viste de luz la atonía del minuto banal en apariencia, y del inmenso cordaje lírico de la naturaleza, él ha sabido arrancar los sonos más vibrantes, en un rapto de ebriedad iluminada.

La imagen, sobre todo y ante todo, la imagen. “Ese afilado campanil veneciano que erguido a un lado de la plaza, agudo y escueto, parecía la petrificación de

un grito poderoso lanzado a los cielos”.

César Arroyo, que ha esparcido la sortilega magia de su prosa repujada y magnífica en centenares de crónicas armoniosas, vibrantes; ese espíritu plétórico de fe y optimismo por las supremas e inefables realizaciones artísticas, que ha hecho del arte un sacerdocio perenne, y que sueña con el milagro de la forma —ropaje idealizador de la vida, veste sutil de la emoción— César Arroyo, ese gran artista del verbo, ante el cual rinde la cálida unción devota de la pleitesía, publica hoy *Iris*, novela que es un himno, una exaltación lírica, un haz destellante de imágenes que se desbordan de las páginas del libro, como una cascada de gemas multícolomas, de un surtidor fantástico de *Las mil y una noches*».

Obras posteriores de César Arroyo justificarán plenamente los elogios que le dedicaron Gonzalo Zaldumbide y Benjamín Carrión. Pero, en este punto, voy a abrir un corto paréntesis en la evocación literaria, para ocuparme de otra faceta del ciudadano ilustre.

Dedicaré algunos párrafos a las ideas y actividades políticas de César Arroyo, que forman segmento casi desconocido de su personalidad y que, para muchos, será interesante revelación.

Nunca fue Arroyo militante político, en el sentido que usualmente

damos a esos vocablos. No ejerció menesteres políticos ni buscó intervenciones de tal género, salvo una ocasión, en 1923, al concurrir como delegado de la prensa a la célebre Asamblea Liberal reunida ese año.

Por cierto que antes, en varios estudios y disertaciones y en numerosos artículos publicados en el gran periódico *El Día*, hizo César Arroyo labor política: alta y noble labor de difusión de nuevas ideas y doctrinas y de cálido elogio a los postulados renovadores que agitan al mundo.

Admirador consciente de la revolución mexicana, Arroyo analizó su desarrollo y resultados, y divulgó aquellos magnos ideales, intercalando sagaces comentarios. Él entendía, sentía y quería una verdadera revolución. No la impuesta por la violencia, no el vulgar golpe de Estado, no el insensato cuartelazo —conocía de sobra lo acontecido en nuestra patria—, sino la transformación ascensional lograda por la inteligencia, el triunfo conquistado por agrupaciones poderosas, cada vez más poderosas por la cultura y el civismo.

César Arroyo, idealista sincero, ambicionaba para su patria una conformación política, social económica y administrativa que fuera la mejor, la más progresista del mundo. Y encontró ocasión propicia para exhibir sus ideas, enfervorizarse con ellas y contagiar dinamismo cívico en la Asamblea Liberal de 1923.

Alternaba en ella con eminentes

ciudadanos, adalides de la justicia, el derecho y la democracia, hombres de extraordinaria influencia en la vida política y cultural del Ecuador. Si su obra ha quedado trunca, ha sido por los aluviones de la demagogia, mucho más que por los asaltos del caudillismo. Pero es justo reconocer en aquellos hombres el ímpetu generoso, la capacidad y el patriotismo. Sus nombres: Manuel María Sánchez, Pío Jaramillo Alvarado, Luis Napoleón Dillon, Agustín Cueva, Benjamín Carrión, Manuel Balarezo, Adolfo Páez, José Vicente Trujillo, Homero Viteri Lafronte, Julio Moreno, Gonzalo Escudero, Jorge Carrera Andrade, Rodrigo Jácome, Antonio Quevedo, Miguel Ángel Zambrano.

Hoy día —bien lo comprendo— causa sorpresa ver agrupados esos nombres ilustres. Pero así fue la gran Asamblea Liberal de 1923.

No he de hablar, porque no es la hora, de esas teorías luminosas y de esos propósitos que, al andar de poco tiempo, se diluyeron entre fracasos y desengaños, por las continuadas borrascas y desventuras de nuestra historia. Hoy evoco solamente la intervención de César Arroyo; pues con esos personajes de la Asamblea Liberal trabaja, discute, redacta proposiciones trascendentales. Hoy andan olvidadas; pero es bueno saber que el Programa del Partido Liberal, trazado en 1923, —situémonos en el momento histórico; han pasado treinta y ocho

años— contiene postulados avanzadísimos, declaraciones valientes, normas de extraordinaria clarividencia, que abarcan el panorama social, económico y cultural de la Nación. Programa que entonces, ahora y siempre, puede ser título de honra para cualquier partido político.

He aquí una síntesis de los magños postulados del Liberalismo, en los que interviene fervorosamente César Arroyo.

Los postulados del Liberalismo

«Con fe profunda en la formación de la Patria renovada, el Liberalismo debe inquirir en las soluciones más eficaces tendientes a la vida práctica constitucional.

En este momento juzga que las exigencias políticas inmediatas requieren la tolerancia, base de la paz; la difusión de la ciencia, germen de la educación y del tecnicismo, que realizarán la grandeza moral y material de la nacionalidad; y la práctica del sufragio popular, que vaya creando e iluminando la conciencia colectiva, fundamento de la democracia.

La educación nacional requiere urgentemente la supresión del analfabetismo, y una reforma progresiva, integral y armónica, orientada a un realismo experimental, que refleje la potencialidad efectiva del ciudadano en los caminos de la vida y su plena ap-

titud para la cooperación al engrandecimiento nacional.

El Partido Liberal, que ha roto las fórmulas jurídicas del concertaje, debe laborar sin descanso por la rehabilitación del indio, proveyéndole de capacidad técnica, especialmente agrícola, y defendiéndole del alcoholismo y de la explotación religiosa.

El Partido Liberal condena y combate el caudillaje, el militarismo y el imperialismo de la plutocracia, que crean regímenes de violencia y opresión contrarios a la dignidad humana».

Recordemos los postulados que, en materia laboral, proclama en 1923.

«El Partido Liberal debe acelerar la expedición de leyes sobre: reglamentación del trabajo, en especial respecto de mujeres y niños, seguridad y salubridad en los labores industriales, particularmente en el laboreo de minas; regulación de coaliciones, huelgas y paros; establecimiento de tribunales de conciliación y arbitraje entre patronos y obreros, y de tribunales industriales; leyes sobre inquilinato y casas baratas e higiénicas para viviendas de obreros en las ciudades, y habitaciones cómodas e higiénicas para los campesinos; seguros obreros; provisión de médicos y medicinas para las poblaciones rurales». Y anotemos este postulado: «mien-

tras sea una realidad la nacionalización de las fuentes de producción y reparto, el Partido Liberal reconoce a los obreros el derecho a la participación de los beneficios».

Todo esto se proclamó mucho antes de la expedición de nuestro Código del Trabajo, promulgado en 1938.

Sobre la reforma agraria —cuestión de palpante actualidad— el Partido Liberal proclamó el siguiente postulado: El Partido Liberal iniciará la reforma agraria, combatiendo el latifundismo, mediante el sistema más adecuado de repartición equitativa de las tierras incultas en beneficio de familias agrícolas».

Acerca de la tributación —otro asunto de actualidad— proclamó el Partido Liberal:

«Mientras sea posible implantar el sistema del impuesto a la renta, como sustitutivo de los impuestos indirectos, el Partido Liberal trabajará por la reforma tributaria que equilibre justiciaramente los impuestos entre las clases sociales, que justiprecie las fuentes de la productividad nacional y siga la progresión de productos, provecho y utilidades en la imposición».

La representación funcional, incorporada hoy en la vida institucional del Ecuador, fue proclamada por la Asamblea Liberal en esta forma: «El Partido Liberal trabajará por que se implante el sistema de la re-

presentación funcional de los organismos vivos del país, preferentemente en el Senado, procurando la representación de los principales factores de la cultura y progreso ecuatorianos».

Votos redactados por César Arroyo

César Arroyo presentó a la Asamblea Liberal algunos votos que merecieron entusiasta aprobación. Son los siguientes:

«Reconocimiento por parte del Estado y de los Municipios, del *Derecho a la vida*, que tiene todo individuo indigente o desvalido, para ser amparado con lo estrictamente necesario para la subsistencia».

«Anulación y desconocimiento de cuanto se oponga al progreso humano y al perfeccionamiento del individuo; derogación de todos los privilegios; abolición de todos los monopolios, y exclusiva intervención de la soberanía para disponer y regular lo concerniente a bienes, objetos y fines públicos».

«El Partido Liberal condena la usura, anhela la supresión de casas que dan dinero al pobre a mayor interés que el legal y propugna el establecimiento de Montes de Piedad».

Pongamos atención al siguiente voto, redactado por César Arroyo y aprobado por la Asamblea Liberal en 1923:

«El Partido Liberal considera como función privativa del Estado el mantenimiento de un Banco Nacional, que será el único que podrá emitir billetes. En consecuencia, las entidades bancarias que actualmente existen y en adelante se establecieron en el país seguirán subsistiendo, de conformidad con las leyes de la materia, pero sin tener la facultad emisora».

La Asamblea Liberal propugnó con entusiasmo la autonomía universitaria, de acuerdo con la proposición redactada por los delegados universitarios y los de la prensa, con César Arroyo. Dice así el postulado: El Partido Liberal consagra el principio de autonomía de las Universidades». «Proclama la existencia de la Universidad moderna, con vida autónoma e independiente, constituida sobre los siguientes fundamentos: a) Autonomía económica, con hacienda propia y presupuesto independiente; b) Autonomía política de dirección y administración; c) Sustantividad para intervenir como una fuerza corporativa de la opinión pública y merced al principio de la representación funcional, en los poderes del Estado; d) Equilibrio de participación entre la clase directiva y docente y la clase estudiantil, en las funciones citadas».

En sus opúsculos y en diversos artículos que escribió posteriormente, mantuvo César Arroyo una trayectoria rectilínea para la divulga-

ción de su ideario político. Al final de *Asamblea de sombras*, fantasía estructurada frívolamente pero llena de profundo sentimiento patriótico y que es una especie de lección de historia nacional, ofrecida a la juventud, Arroyo consigna su ideario en las siguientes proposiciones: todo lo que quiso fervorosa e indeclinablemente en bien de la Patria:

«Que se renueve al arcaico concepto de la propiedad, desvinculándola de los postulados de bronce del Derecho Romano, para convertirla en una función social, de acuerdo con las corrientes ideológicas y económicas que dominan en el mundo contemporáneo».

«Que se revise el estatuto de la tierra, terminando con los latifundios, que deberán parcelarse, a fin de que el agro ecuatoriano no sea de una minoría opresora sino de cuantos quieran cultivarlo».

«Que se dé libertad al indio. No la libertad teórica, escrita en la Constitución y Leyes, sino la libertad verdadera, que es la económica, haciéndolo dueño de las tierras que fecunda con su esfuerzo».

«Que haya un maestro de escuela por cada treinta niños en edad escolar, y que la mejor casa de barrio en las ciudades, y de cada pequeño pueblo, sea una escuela».

«Que se conserve con el más

exquisito y cariñoso cuidado el idioma español, atributo supremo de la nacionalidad»

«Que se defienda el patrimonio artístico ecuatoriano, y se impulsen las ciencias y las letras».

«Que se construya la Ciudad Universitaria».

«Que los dineros que tributa el pueblo se empleen, antes que en el sostenimiento de un ejército desproporcionado y de una burocracia inútil, en obras remuneradoras que redunden en beneficio de todos».

«Que se abandone para siempre la política personalista, procurando vivir en paz como un pueblo cristiano y civilizado».

«Que el Ejército ya no represente la lucha del hombre contra el hombre, sino la de la inteligencia y de la actividad contra las fuerzas naturales a vencerlas y dominarlas, haciendo por fin nuestra a nuestra América. El Ejército actual, cuyos derechos adquiridos hay que respetar, debe limitarse a una misión de orden, y a trabajos de vialidad, de higiene, de repoblación forestal, de irrigación, de fomento agrícola».

«Y sobre todo, que cada uno se ponga a trabajar asiduamente en aquello para lo que lo ha llamado su vocación, única manera de alcanzar la prosperidad individual y de construir una patria libre y floreciente».

Cuántos de estos postulados de César Arroyo, escritos hace más de treinta años nos podrían servir hoy, con vista y análisis de los acontecimientos del vivir nacional, para deducir lecciones inmortales, para analizar algunos evidentes progresos y benéficas realizaciones, frente a un caudal inmenso de error, arbitrariedad y desconcierto.

Otras actividades dignas de recuerdo

César Arroyo integró la delegación ecuatoriana al primer Congreso de Estudiantes de la Gran Colombia, que se reunió en Bogotá el año 1910. Acompañó a dos grandes ecuatorianos, verdaderos forjadores de nuestra cultura: Manuel María Sánchez y Belisario Quevedo.

Estuvo en Cádiz, con ocasión de conmemorarse el primer centenario de las Cortes, en 1912, y pronunció una bellísima conferencia sobre el inmortal orador José Mejía.

El año 1923, de activa labor periodística, junto a la presencia en la Asamblea Liberal, César Arroyo fundó en Quito la **Asociación de la Prensa**. Para ello, realizó una fervorosa campaña, explicando la organización y los alcances de la Institución Española.

Las entidades que hoy se llaman **Unión Nacional de Periodistas y Círculo de Prensa**, tienen común origen: la Asociación de la Prensa, que fundó César Arroyo y que, trun-

cada por las características veleidades nacionales, ha tenido que revivir, bifurcada en los organismos que hoy subsisten en el Ecuador.

Dirigió la revista *Cervantes*, con Cansinos Assens, en España. Y el año 1924, en Ambato, la magnífica revista *Ecuatorial*, considerada como la mejor realización literaria y artística de esa época, por la selección de los artículos y el material gráfico. Después de César Arroyo siguió al frente de esa inolvidable publicación Homero Viteri Lafronte.

Intencionadamente, esta semblanza de César Arroyo, trazada en páginas dispersas, no tiene orden de materias. Comencé ocupándome del hombre, para entrar a la evocación del escritor, y repetir los elogios de eminentes críticos.

En los párrafos precedentes he procurado hacer el dibujo sintético del ciudadano ejemplar, buen servidor de la Patria. Y ahora vuelvo a reanudar algunos recuerdos del hombre de letras.

En sus últimos años, César Arroyo escribió en periódicos y revistas, y reunió algunos de sus ensayos, bajo diferentes títulos.

Habían aparecido anteriormente *Retablo* e *Iris*. A estos libros tenemos que añadir la biografía de Manuel Ugarte, la de Pérez Galdós, la comedia *La noche blanca*, el poema dramático *El caballero, la muerte y el diablo, México en 1935, La muerte del maestro, Asambleas de sombras*, (fantasía dedicada al periódico

El Día), *Lope de Vega, Las catedrales de Francia*.

El estilo elegante, la abundancia de emoción, la sonoridad de la frase, la riqueza de las imágenes, todos aquellos caracteres que ya fueron reconocidos y elogiados por los primeros críticos, se mantienen en estas obras de César Arroyo.

Veamos la consagración, el juicio confirmativo en las opiniones de otros maestros de la cultura nacional.

Augusto Arias, en su libro *Panorama de la literatura ecuatoriana*, destaca la huella de César Arroyo, desde la producción inicial hasta las floraciones plenas. Cuando Arroyo es ya el gran cronista, el notable ensayista, el galano prosador.

«Así es como se desarrolla la crónica de César Arroyo, en lujoso estilo, en metáfora colorista, prosa castellana graciosamente neologizada, reverberante y entusiasta. Período que parece sostenerse en trémolos anímicos; crónica decorada de motivos barrocos, afilada otras veces en la mística intención de la ojiva o rota en la certeza de la columna trunca. De un breviarío de las páginas de Arroyo alzariase la figura de la musa emocionada, así cuando quisiésemos trasladar a él las mejores notas de viajes, cuando intentásemos seleccionar los recuerdos de sus lecturas, sus apuntes críticos encendidos en cordial admiración o aquellas si-

luegas femeninas en las que se afanaba su pluma pictórica. El entusiasmo se opuso, en la obra de este estilista, a la fuerza mordente del desencanto. Porque Arroyo, aún para su elogio de la tristeza, logró revestir a su espíritu de una levedad alacre y creyó que de todas las virtudes la mejor es la de la bondad, aún cuando ella mutile el tacto del dominio. Su temperamento encendido de fervorosidades fue su estilo.

Desde las madrugadoras «Flores de trapo», los versos de su juventud, hasta las crónicas de su *Retablo*, en donde alcanzaba la seguridad del prosista, la trayectoria de Arroyo es igual en su puro amor por la belleza. Lejanas, de sus libros, la contradicción o la angustia, ellos se alimentan de optimismo revoloteante, y figuran y labran sólo los ensueños o las realidades que le fueron gratas, y cuando se acercan al dolor, no ahondan en el análisis de su destructora presencia, y se complacen, más bien, en lo que él vale para estilizar y perfeccionar. Así bañados de aura simpática, desfilan los hombres de sus libros: el pueblo ecuatoriano en su romancero, Galdós, Manuel Ugarte, Vasconcelos. Y así también se iluminan los paisajes admirados de quien se pretendía «de vuelta de todos los caminos», o cobran realidad, en la descripción, las naves y los retablos de las catedrales de Francia; o se levanta sobre su coturno la estatura del fecun-

do Lope de Vega, o frente a la tarde de la prueba, se enciende justiciero ese puñado de páginas aún no reveladas *El libro de la tierra*.

Un bondadoso entusiasmo que fue su carácter, puede explicar la raíz de su prosa pintoresca y bonita. Dicen que a sus alumnos del Mejía les invitaba a cazar los epítetos como si fuesen mariposas de colores.

Varias de sus crónicas pudieran ponerse como ejemplo de la frase emocional: así su retrato de Acuña; la evocación de Bécquer; el espejo anímico en el que son filiales empeños, quisiera reflejar el rostro de su madre, o el dolor de los treinta y tres años, figurado en la plasticidad inánime del Cristo de Velásquez».

Intercalaré aquí las hermosas frases que Hugo Alemán Fierro, en su libro *Presencia del pasado*, dedica a César Arroyo.

«Oh su palabra siempre vibrante y cálida, fundida en el crisol del entusiasmo. Su espíritu llevaba adentro la llama elevadora del fervor. Como globo aerostático, salvaba los humanos horizontes, en ascensión perenne hacia infinitas rutas de belleza. César Arroyo tuvo en su cerebro un inagotable surtidor de creaciones estéticas. Y en su alma, grande y noble, el inmanente perfume de la sinceridad, que lo otorgaba íntegro e intenso. En ingenuo derroche de optimismo».

Prosigo en este florilegio con el juicio crítico de Isaac J. Barrera, to-

mado de su libro *Historia de la literatura ecuatoriana*.

En el capítulo dedicado a las escuelas literarias modernistas que irrumpieron por el mundo en el primer cuarto de este siglo, se ocupa Barrera de los entusiasmos de César Arroyo, y dice:

«En estos empeños revolucionarios tomó parte principal César Arroyo, dinámico, fervoroso, inquieto. Había salido de las filas modernistas en las cuales hablaba de poemas que se coleccionarían con el título de *Flores de trapo*. Publicó algunos de esos poemas en revistas anteriores a *Letras*, ya que desde esta época parece que abandonó definitivamente el verso, para componer crónicas del más hondo lirismo, que deslumbraban por el fuego crepitante que escondía en cada una de ellas.

Arroyo es uno de los literatos más interesantes de los últimos tiempos; vivió en el viaje perpetuo y también en el trance de la admiración desmedida de todo lo nuevo, que no le alejaba de los temas clásicos para escribir sobre el romance castellano, o sobre ese gran clásico de la segunda Edad de Oro español, Benito Pérez Galdós. Sus crónicas no pertenecen al barroco del arte, sino al momento de la transformación literaria en que todos los colores se mezclan para brillar misteriosamente.

Arroyo no negaba su procedencia romántica, aunque su alma estaba abierta a todos los rumores. Se interesaba por la política del mundo y por la de su Patria; escribía cuentos y novelas; pasos de comedia y ensayos. Sus admiraciones eran la prueba de su entusiasmo comunicativo, que servían para difundir entre los jóvenes los nombres de los literatos célebres de ese tiempo en los grandes centros intelectuales del mundo. Su corazón era demasiado grande y su palabra fluida y llena de metáforas tenía la sencillez de la sinceridad. Nos ha dejado algunos libros y muchos trabajos esparcidos en la prensa periódica: *Retablo*, *Iris*, «Mirando a España», colección de admirables crónicas, de escenas dialogadas en torno a los temas clásicos, de fervores de propagandista de la tradición. Alguna vez se recogerá la obra íntegra de este escritor que tiene un puesto muy apreciable en nuestra literatura».

Y termino este florilegio con las hermosas y sugerente frases de Jorge Carrera Andrade, en su libro *Galería de místicos e insurgentes*:

«Espíritu de cordialidad desbordante y de extrema sensibilidad lírica, Arroyo dejó páginas magistrales, en donde llega a su mayor altura el arte de escribir. La creación literaria era para él un acto de fervor, como se puede ver en sus libros *Retablo* y *Cate-*

drales de Francia, serie primorosa esta última de estampas vivas e iluminadas. Arroyo poseía un estilo rico, animado y musical que insuflaba en todas las cosas un soplo de nobleza y de romanticismo. Compuso verdaderos poemas en prosa sobre asuntos históricos y personajes de España y de Francia. En Madrid formó parte del grupo de redactores de la revista *Cervantes*, con Cansinos Assens y Guillermo de Torre.

Fue uno de los escritores hispanoamericanos que se situó con más propiedad dentro de los problemas palpitantes de su continente y desempeñó con dignidad el apostolado de las ideas nuevas».

Anuncié que recogería este haz de opiniones, este valioso conjunto de juicios críticos de escritores ilustres, sobre César Arroyo y su producción literaria; y, como se puede ver, todos armonizan en los puntos fundamentales. Así en la expresión serena y elegante de Gonzalo Zaldumbide como en la frase galana y los calificativos suntuarios de Benjamín Carrión. Así en la adjetivación opulenta y decorativa de Augusto Arias como en el dictamen sobrio y bien proporcionado de Isaac J. Barrera y en las palabras fervorosas y bien trazadas de Alemán y Carrera Andrade. Todos son justicieros, cordiales y profundos, y todos grandemente acertados.

Las catedrales de Francia

Los caracteres que dan a la prosa de César Arroyo ese perfil magnífico señalado con visible uniformidad por los críticos nacionales, relucen de modo excepcional en las páginas dedicadas a las catedrales de Francia. Allí, la frase emotiva, sonora, sugerente, musical. Allí, en plenitud, el periodo rotundo, la adjetivación suntuaria, la imagen expresiva, la riqueza de conceptos y el profundo sentido estético que encontramos, —que hemos de encontrar siempre— al leer y releer estas páginas magistrales.

«En un momento creador del siglo XII, un ignorado arquitecto de genio había hecho chocar dos arcos en su cerebro, rompiéndolos por la mitad y formando un nuevo arco más esbelto y, desde luego, más fuerte que los anteriores, ya que en el nuevo se sumaban las fuerzas de los otros. Así nació la ojiva, que es la que engendra todo el estilo gótico. La nueva bóveda, que rompe la uniformidad y la pesantez de la bóveda en forma de cuna, está formada por el cruce de las ojivas. La manera maravillosa como están equilibradas y ajustadas las fuerzas y el recurso tan natural y artístico del arco botante, apoyado en el contrafuerte, permiten no sólo elevar las claves de las bóvedas a alturas jamás intentadas antes, sino, a lo que es verda-

deramente inaudito, a suprimir los muros, que se sustituyen por los vitrales de ensueño. En el crucero se superponen las ojivas, la bóveda se afina, hasta desvanecerse en la aguja que va a clavarse en el cielo. En el coro, las ojivas se agrupan y en un haz de maravilla rematan la bóveda. En la fachada, las tres puertas simbólicas se constelan de estatuas. En sus tímpanos se esculpe con primor. Sobre ellos un rosetón abre el iris de sus pétalos encendidos. Corren galerías con efigies de santos, de reyes o de obispos; y, por último, las torres repitiendo los mismos motivos y cantándolos desde la excelstitud de su cumbre, son el digno remate del prodigio».

«El arte gótico es el arte de Occidente, sabio y delicado. La ojiva es la expresión de las manos juntas. La ojiva es la piedra en plegaria. En la arquitectura gótica lo material y lo espiritual se confunde: ya no hay antinomia. Todas las otras arquitecturas son estáticas; la arquitectura gótica es una arquitectura dinámica. La arquitectura gótica encierra euritmia, color, música y palabra. Es una síntesis estética. En ella se expresa toda la epopeya medieval. Todos los romancesos. Todas las gestas. Todos los poemas. Todos los cánticos».

«¡El arte gótico es una escala de luz. Por ella, como por la del

sueño bíblico, los ángeles bajan al hombre con mensajes de Dios, y el hombre asciende, asciende, hasta besar lo eterno!».

«Para la escultura, después del apogeo del arte griego, quizá no haya un momento más glorioso que aquel en que fueron esculpidas las finas, las delicadas, las espiritualizadas estatuas que viven y sueñan en las catedrales góticas. La necesidad de suplir los muros hizo nacer un arte encantador: el de la vidriería que no sólo arranca a la luz y al color todos sus secretos, sacando de ellos matices infinitos, sino que además es la pintura animada: las imágenes representadas en los vitrales viven con alma de luz: se encienden, vibran, oran, meditan, ríen, sufren, duermen, mueren, y resucitan con la sangre del sol que en ellas se transfunde... La orfebrería realiza mil primores con los finos y alados elementos góticos. Lo mismo las artes del tallado en madera y del hierro forjado. Se dibuja la deliciosa letra gótica, y con ella se escribe lenta y primorosamente en los misales, en los libros de horas, en los códices iluminados y miniados por pacientes manos monacales. A tan soberana conjunción artística le faltaba su verbo. Y surgió el órgano, que es la catedral de la armonía».

«¡Divina catedral de Amiens, egregia martirizada catedral de

Reims, inefable catedral de París, emocionante catedral de Chartres, dramática y temeraria catedral de Baubais, grandiosa catedral de Bourges, insigne catedral de Strasburgo, maravillosa catedral de Rouen!... ¡Templos divinos, sublimes templos! Vosotros continuáis las más puras glorias de la Francia y sois el documento en piedra de su inapreciable aporte a la obra del espíritu, sois el testimonio excelso; sois el mismo genio francés plasmado para la inmortalidad; la prueba de su potencia creadora y una promesa siempre cumplida y siempre renovada de superación».

El ciudadano ejemplar que ama fervorosamente a su patria

Augusto Arias nos dice que varias de las crónicas de César Arroyo pueden ponerse como ejemplo de la frase emocional. Es gran verdad. Pero, de manera sobresaliente, cuando Arroyo toca los temas patrióticos y deja libremente desbordar la emoción cívica.

Sintetizó en una fantasía un siglo de historia patria y escribió al final este párrafo:

«Cuanto he soñado... todo un siglo de historia ecuatoriana se ha revuelto en mi fantasía. ¿Había vuelto a la patria? No. Porque de la patria no se sale ni se vuelve. La patria es consustancial con uno mismo. Se la trae siem-

pre con uno, desde el fondo de los siglos, y con uno se la lleva hasta la muerte y más allá de la muerte. Nadie se aleja de su patria, porque la lleva consigo. Es nuestro espíritu y nuestro cuerpo. Nuestro barro y nuestro sueño. En las largas ausencias maceradas de nostalgia, yo no me he desprendido, ni desprenderme podía de mi país ecuatorial. Mi pobre vida insignificante late sólo a compás del ritmo del Ecuador».

Si sus frases revelan resplandeciente patriotismo, igualmente denotan una profunda sinceridad. Porque César Arroyo es sincera y hondamente patriota.

En Marsella, donde tuvo a su cargo las funciones consulares, escribió César Arroyo uno de aquellos artículos dignos de figurar en las mejores antologías, especialmente en las dedicadas a la juventud, uno de aquellos fragmentos que deben ser leídos en escuelas y colegios, para reafirmar el culto a la Patria y sus sagrados símbolos.

El funcionario ecuatoriano, ausente de la Patria, en un día de fiesta nacional realiza la sencilla ceremonia de izar su glorioso pabellón.

Leamos esos párrafos, rebosantes de emoción inefable.

«Voy en busca de nuestra bandera. Y allí está en sitio preferente, plegada como su historia, reposando en su vitrina, glorificada la enseña por la noble

gracia legendaria. La tomo en mis brazos, como si en ellos tomara a mi madre. Ah! Cómo pesa! Pesa como una tajada del globo terráqueo en la que estuviera comprendido el Chimborazo. Pesa eternidades y divinidades, como el niño Dios de San Cristóbal. Y, al mismo tiempo, es ingrávida y tira de uno con una fuerza ascensional tan grande o mayor que la del Graff Zeppelin. Con el tesoro maravilloso del iris hecho emblema, atravieso la estancia, como si atravesara el campo de la historia del Ecuador. Salgo al balcón, y una vez que sujeto al asta la bandera, la hago ascender en triunfo bajo el cielo de Francia y frente al mar latino. Ya la bandera nuestra se despliega a las brisas mediterráneas como un torrente de sol, trigo, llamas y zafir. Yo contemplo por no sé cuánto tiempo el juego maravilloso de nuestros colores con el viento de la latinidad. Pongo un beso de amor en esos pliegues que palpitan al solemne latir mediterráneo.

Abandono el balcón y me vuelvo al interior. Allí en mi mesa me esperan, inmaculadas las

cuartillas, y en ellas voy a fijar, aunque sea torpemente, el largo sueño en que asistí a la «Asamblea de las grandes y de las pequeñas sombras».

Es una manera de festejar esta fecha y todas las fechas, ya que el trabajo es la más humana y la mejor forma de oblación y homenaje».

Señoras, señores:

Si me hubiera propuesto realizar análisis y extender comentario en torno a una sola página de César Arroyo, para trazar una breve semblanza; o si me hubieran sugerido que definiera su personalidad en contados párrafos, habría indudablemente elegido esta exultante invocación patriótica, este cántico a la bandera del Ecuador, que une a la singular belleza de expresión un raudal de emociones inefables, para terminar con mi afirmación de que esta página, esta creación literaria, digna de figurar en las más selectas y sugeridoras antologías, retrata en nítida forma al hombre de mente iluminada y corazón generoso, al ciudadano ejemplar, ilustre escritor y maestro de civismo que fue César Arroyo.